

XX.

Tiberio.

Placial no pensaba más que en Genoveva. Aun teniéndola inanimada entre sus brazos, no podía, no quería creer que estaba muerta. Pensaba que era un desvanecimiento, un ataque de catalepsia, un efecto de su extremada debilidad, pero no la muerte. Placial tenía razón; pero al terrible síncope de la moribunda podía quizá seguir un mortal desenlace.

La transportaron Yan Poullaouec y Lemagnen, llevándola en brazos, como á un niño, hasta la primera estación de policía. Los cuidados y los reactivos poderosos empleados reanimaron un poco aquel cuerpo helado. Montpezat había ido á buscar un carruaje; acostaron en él á Genoveva, y mientras que el Capitán del *Mistral* corría en busca del doctor Morton, Placial hacía transportar á la enferma á la casa ambulante donde vivía.

—Mañana tendrá otra habitación (pensaba), la más confortable y mejor ventilada de Londres.

Mientras tanto, estaba decidido á disputarla á la muerte, allí en la estrecha vivienda donde habitaba. Aquel asilo, aquella estrecha celda donde nada

había de faltarla, era desde luego para la fugitiva un paraíso al lado de la cabaña del viejo Bob.

El doctor Morton llegó bien pronto, acompañado del Capitán.

Examinó y auscultó detenidamente á la enferma, que aún no había recobrado el conocimiento, y mientras duró aquel prolijo examen, Placial siguió, con el corazón oprimido y con una angustia mortal, la mirada inquieta del médico.

El doctor Morton no decía nada; movía la cabeza, y fruncía el ceño.

Al lado de Placial, Katchar, cuyos negros ojos, llenos de una admiración apasionada, no se apartaban de Genoveva, interrogaba de vez en cuando la expresión del semblante del Doctor.

La gruesa *Gramma* y Patrick Donegan muy pálido, esperaban fuera de la habitación.

—¿La van á dejar aquí con las fieras?—preguntó en voz baja la alsaciana.

—Creo que sí,—respondió Patrick.

Á los dos les parecía que acababan de robarles la *Francesa*. Pero se resignaban. ¡Placial iba á salvarla quizá!

—La enfermedad que aqueja á esta niña (dijo por fin el doctor Morton), es una fiebre nerviosa, complicada con anemia. El aniquilamiento á que ha llegado, semejante á la muerte, prueba el grado de exaltación de su sistema nervioso. Ha habido anestesia, es decir, privación de sensaciones; debe, por tanto, presentársele la hiperestesia, es decir, exceso de sensibilidad y de dolor.

El cuerpo ha sufrido, pero la parte moral ha debido padecer más todavía. El pulso es de una debilidad extrema. Es preciso á todo trance evitarle

sensaciones fuertes; la menor emoción la mataría.

—¿Podrá vivir?—preguntó ansiosamente Placial.

—No puedo responder de su vida hasta que pasen unos días (respondió el doctor Morton). Pudiera suceder que se curara por completo.

Los ojos de Katchar se iluminaron de júbilo. Placial tomó silenciosamente la mano del Doctor, y se la estrechó.

Aquel «pudiera suceder», era la esperanza, cuando creía que ya no le restaba ninguna; cuando, desesperado, preveía una muerte cierta.

El Doctor reparó entonces en las manchas de sangre que teñían el traje de Katchar.

—¿Qué es eso?

—Nada,—dijo el indio.

—¡Mostradme vuestro brazo!

El señor Morton movió la cabeza.

—¡Una mordedura! ¿Ha sido una hiena ó un jaguar quien os la ha hecho?

—Un perro.

—Voy á hacerlos la primera cura.

Y mientras que el médico ponía el primer vendaje sobre la horrible llaga de Katchar, el indio, indiferente á su dolor, miraba á Genoveva.

—¿No sufrís?—le preguntó el doctor Morton.

—No.

—¿Sois de acero?

—En mi país (dijo el indio al inglés) tenemos ya costumbre de sufrir.

La pobre *Gramma* y Patrick esperaban el resultado de la consulta. Montpezat vino á tranquilizarles. La alsaciana se deshizo en lágrimas, loca de alegría, mientras que Patrick Donegan, siempre

pálido como la cera, se mordía los labios para sofocar sus sollozos.

—¡Ah! (dijo Catalina Sichel.) ¡Sería para nosotros una dicha el que se nos permitiera permanecer aquí hasta mañana! No haremos ningún ruido.

Montpezat fué á decírselo á Placial, y el domador vino con las manos tendidas á contestar por sí mismo á la buena anciana y al irlandés:

—¡Estáis en vuestra casa!

—¡Ah! ¡Sois bueno como el pan!—dijo la alsaciana.

—No; pero comprendo y veo que amáis á mi hija.

—Decidnos (dijo ella): ¿no teméis?...

—¿El qué?

—Á estas fieras.

Una fugitiva y melancólica sonrisa se reflejó en el pálido rostro del domador, sobre el que se destacaba la cicatriz que en él había grabado el cuchillo de Lecourbe.

—Si sólo hubiese recelado de sus garras, habría sido feliz.

—Después de todo (dijo la *Gramma*), es más temible el canalla de Tom-Black que un lobo ó un tigre.

El estado de Genoveva podía comprenderse con la autorizada opinión del Doctor. La menor emoción la mataría. Era, pues, evidente que la vecindad de la colección Estradère no era á propósito para proporcionar el silencio necesario á la enferma. Los maullidos de *Tiberio* ó los rugidos de *Nerón*, helando de espanto á Genoveva, podían producir fatales consecuencias. Mas, ¿adónde transportar á la pobre niña? ¿Á un hotel ó á un hospital?

Parecía igualmente doloroso á Estradère. No había pensado en la señorita Perkins; pero á la mañana siguiente, Eva, acompañada del doctor Morton, descendió de un landó que se había parado á la puerta del establecimiento de Placial.

Venía á buscar á Genoveva.

Placial, conmovido, estuvo á punto de llorar.

—Espero (le interrumpió la joven) que accedéis á mi deseo.

Genoveva había vuelto en sí. Le parecía que despertaba de un sueño. Aquellas caras desconocidas que la rodeaban la inquietaron al principio, aunque sentía la caricia de la melancólica y magnética mirada de Placial. Después sonrió al apercebir á *Grana* y á Patrick.

—¿Qué es lo que pasa?—les preguntó.

—No tratéis ahora de averiguarlo, Genoveva (respondió el irlandés). Sabed únicamente que todos los que os rodean os aman....

—No conozco á nadie más que á vosotros.

—¡Bueno, ya conoceréis á los demás, y seréis dichosa!

—¡Dichosa!....

—¡Lo seréis, lo seréis! (*Grana* no se resolvía á tutearla.) ¡Ya lo veréis pronto!

La expresiva mirada de los hermosísimos ojos y la espléndida hermosura de la señorita Eva hicieron sobre Genoveva el efecto de una celestial aparición.

—¿Queréis que sea vuestra enfermera?—la dijo Eva.

—¡Vos, señorita!

—Yo.

Los ojos enrojecidos por las lágrimas de la po-

bre niña buscaron alrededor suyo otros á quienes pudiera interrogar.

—¿No se mofan de mí?

El doctor Morton hizo observar desde luego que no convenía hacer hablar á la enferma, que aún se encontraba sumamente débil, y se aprovecharon de su sueño para transportarla á Belgrave-Square.

La señorita Eva había ordenado que acompañasen á Genoveva la alsaciana y Patrick Donegan.

—Mi tío dirá lo que quiera (añadió). Tanto amor es demasiado raro para no protegerlo. Cuando era pequeña, nunca he podido ver con indiferencia deshacer los nidos de pajaritos. ¿Desaprobáis también esta medida, primo mío?—preguntó á sir Carlos, que veía estupefacto cómo los criados bajaban á Genoveva del landó.

—No, Eva, no; ciertamente que no (respondió el joven). Y todo lo que hagáis por esa niña, estará muy bien hecho.

—¿Os interesa también?

—Mucho,—dijo gravemente sir Carlos.

Era un poco tonto quizá, pero no un malvado; y la aventura de Soho pesaba sobre su conciencia.

Al responder así á su prometida, Carlos Harrison era sincero. Miraba todos los cuidados prodigados á la joven como una reparación.

El mismo lord Harrisson no encontró muy romántica á su sobrina. La historia de Placial en busca de su hija le había conmovido, cosa rara y extraña.

—No hubiera creído posibles tales aventuras, ¡je! ¡je! (decía, con su risa gutural.) Esto interrumpe la monotonía de la vida. ¡Je! ¡je!

Y añadió muy afablemente y sonriendo al domador :

—Ya sabéis que si necesitáis, ¡je! ¡je!, mi bolsa, está á vuestra disposición.

—Se lo agradezco á Vuestra Gracia. No soy tan pobre (respondió Placial). Sólo os advierto, milord, que he girado sobre vos cincuenta mil francos á nombre de las buenas obras de Joss el tocador de violín.

—¡Ah, ah! ¿Ese Fiddler Joss que da tanto que hablar? Pues bien : cuando queráis la pagaré. ¡Je! ¡je!

—Y cuando queráis, milord, entraré en la jaula con todas las fieras reunidas allí.

—¿Eso será peligroso?—dijo lord Harrisson.

—¡Muy peligroso!

—Pues entonces no entraréis, ¡je! ¡je! (respondió el inglés.) Y, sin embargo, pagaré las dos mil libras á maese Joss.

—Pero, mylord.....

—Nada, nada; es cosa resuelta. ¡Je! ¡je! Ahora el juego sería inhumano. Hace tres días erais solo en el mundo. Desprecio bastante la muerte para no rehusar ver arriesgar á otro un poco la vida, ¡je! ¡je!, ¡pero cuando éste no tiene lazos que le ligen á la tierra. Ahora es otra cosa. ¡Tenéis una hija!

—Lo he prometido, y debo realizarlo, milord.

—Si os empeñáis, entraremos en la jaula juntos. ¡Je! ¡je! ¿Esto os hace desistir? Tanto mejor. No tengo tanto apego á la vida para abandonaros en este peligro.

El grueso señor tendió la mano á Placial, dando por terminada su conversación.

Lord Harrisson fué, en efecto, dos días después á depositar cincuenta mil francos en las cajas de la «Saludable Institución», imaginada por Fiddler Joss, el convertido.

—¡Que Vuestra Gracia no lo haya hecho para una obra de propaganda!—le decía, suspirando Jedediah Pickford.

El señor Jedediah venía con bastante frecuencia en compañía del doctor Morton á visitar á Genova, y se quedaba estupefacto, como la servidumbre de lord Harrisson, viendo acudir al hotel de Belgrave-Square visitantes tan numerosos como extraños. La librea estaba escandalizada, ofendida y ultrajada, al verse en la necesidad de introducir un cantor de las calles como Patrick Donegan, y una extranjera como Catalina Sichel. ¿Quién era, pues, esta pequeña francesa que se cuidaba así por caridad?

La opinión general de la casa era: la señorita Eva es excelente; pero la señorita Eva está loca.

La gruesa *Grana*, para presentarse convenientemente en casa de la señorita Perkins, se había hecho una cuidadosa *toilette*. Se había puesto su traje de los días de fiesta, y sobre sus cabellos amarillentos una graciosa gorrita alsaciana de sus tiempos, de satin blanco, adornada con bordados de oro, flores rojas, azules y violetas, que siempre había guardado á pesar de tantas vicisitudes. Era la misma cofia que había llevado su madre, y tal vez su abuela: la había sacado de una especie de saco de grueso papel blanco, marcado con el nombre del fabricante, *Kienez, de Munster*, cerca de Colmar, y un árbol de la libertad, coronado por un gorro frigio, con estas palabras por debajo de sus raíces:

«¡Libertad! ¡Igualdad!» Las viejas alsacianas tienen sus cofias envueltas en este papel, en el fondo de los grandes cofres forrados de piel de perro, que también usaron sus abuelas. *Grana* ordenó las tricolores cintas de seda que flotaban del extremo de su cofia, asemejándose á las alas de un pájaro, y se irguió con soberbia bajo este atavío, cuyos dorados adornos y florecillas brillaban al sol como si fueran de oro fino.

Genoveva se regocijó al ver á su protectora. Era verdaderamente dichosa, sobre todo con las visitas de Patrick Donegan y las largas conversaciones que, con permiso y casi orden del doctor Morton, el irlandés sostenía con ella.

—Es la triste realidad, la que mata á esta niña (había dicho el médico); es menester, al contrario de las demás, salvarla con la quimera.

Y este poeta de Patrick Donegan poseía el arte de arrancar á la francesa de sus pensamientos lúgubres, de sus visiones de existencia miserable, del espanto que la producía el espectro de Cecilia Hervier.

Hablaba, relataba, cantaba, y ella se sentía revivir.

Era como una voz del otro mundo, que la arrastraba fuera de este sombrío universo.

La relató el cuento del *Cluricaune*, el genio familiar de las casas irlandesas, más travieso que el Golilla, Buen Genio de los ingleses, que tan pronto, con la tez rubicunda, chispeantes los ojos y cubierta la cabeza por un birrete color de vino, entraba en las bodegas riéndose á carcajadas y haciendo bailar las botellas bajo las miradas asombradas del repostero, como se mostraba con el dis-

fraz del leñador y amontonaba tesoros en un rincón del hogar.

Después de éste, la historia de los hombres rojos, los *Fire Darig*, la de las armonías celestes, ó, mejor aún, la del caballero sin cabeza, que cabalgaba sobre un caballo negro.

Patrick añadió también la historia del tejedor Larry, que, volviendo de la feria de Castel, encontró á una joven envuelta en un gran manto, cuyo capuchón caído no dejaba entrever más que un semblante sombrío. «Subid á la grupa detrás de mí, bella niña», dijo Larry. Ella saltó sobre el caballo, más ligera que una pluma. Y Larry, en el camino, la pidió un beso de sus bonitos labios. Entonces ella se precipitó del caballo, entró en el cementerio, y se puso á correr alrededor de las tumbas. Cuando Larry llegó á cogerla, cuando cerró los brazos para atraerla á sí, no sintió nada entre sus manos, sino únicamente los labios helados bajo su beso. Era «la fantasma» la que había tomado á la grupa, «la fantasma» que no tiene más que cabeza, porque el cuerpo es de sombra.

Y siguió á este relato el del encantamiento del conde Gerald, de la raza de los Fitz-Gerald, transformado en canario y dormido ahora, con todos sus guerreros, en una gran caverna del castillo de *Mullaghmare*. Cada siete años el Conde vuelve á tomar la forma humana, da la vuelta á *Kildare* sobre su caballo herrado con herraduras de plata, cuyas láminas tenían media pulgada de espesor cuando el conde Gerald fué encantado, y cuando estas herraduras se hayan desgastado hasta llegar á ser tan delgadas como la oreja de un gato, el conde Gerald resucitará. Los caballos, ensillados y

embridados, esperan relinchando y piafando á los caballeros, que siguen adormecidos. El hijo del molinero, que debe nacer con seis dedos en cada mano, tocará la bocina. Y entonces los caballeros despertarán, y sacudiendo las últimas perezas del sueño, cabalgarán á su vez. El conde Gerald, después de librar con los ingleses una batalla que durará tres días, reinará por espacio de cuarenta años sobre Irlanda libertada. Renacerá la verde Irlanda; *Erin* volverá á ser *Erin*; el irlandés tendrá su hogar, su bandera, su patria, su cielo. ¡Oh, *Erin!* (gritaba Patrick.) ¡Oh, país! ¡Killarney! ¡Mis lagos profundos! ¡Mi Irlanda!

Y Genoveva se sentía emocionada y embargada por el llanto, viendo brillar lágrimas en los grandes ojos de Patrick Donegan; las lágrimas más abrasadoras que puede verter un hombre; las lágrimas tributadas al recuerdo de la patria ó de la madre. Pero este llanto aliviaba á la pobre niña.

Placial aún no había revelado á la joven los lazos que le unían á ella. Temía una emoción demasiado viva; y en tanto llegaba la ocasión esperada de revelárselos, veía la saludable influencia que sobre el deprimido espíritu de la joven ejercían los recuerdos de Patrick.

Aguardaba.

La prodigaba tiernos cuidados, para que se repusiera, hasta poder decirle:

—Tú llevas mi nombre, y tengo el derecho de llamarte hija mía.

Quería adquirir méritos á los ojos de la enferma, para que ésta le concediese con alegría el título de padre.

Sir Carlos Harrisson rehuía el presentarse de-

lante de Genoveva. Evitaba todo lo que le era posible, el terror que su presencia pudiera ocasionarla.

—¿Qué tenéis contra mi protegida, primo mío? (le decía Eva.) Todavía no os habéis enterado personalmente del curso de su dolencia. ¡Se diría que os infunde miedo!

—¡Quién sabe! ¡Pudiera ser así!—respondió el joven.

¡Miedo! No, no era miedo. Vergüenza, sonrojo.

Genoveva parecía recobrar fuerzas. El Doctor, sin hablar de seguro restablecimiento, deslizaba, sin embargo, alguna palabra de esperanza.

Una tarde llegó á Belgrave-Square, acompañado del filántropo profesor y de un muchacho muy conmovido. Era el pobre Paddy, acusado injustamente. Le habían puesto en libertad á consecuencia de la reclamación que en su favor promovieron el Doctor, Placial, miss Eva y otras personas.

El pequeño irlandés estaba decidido á no rodar más por las calles de Londres.

—¿Y qué haréis entonces, Paddy?—le preguntó la señorita Perkins.

—Sentaré plaza en un regimiento, señorita.

—¿Que os haréis soldado? ¡Si sois un chiquillo!

—Empezaré por corneta, y luego, cuando pueda manejar el fusil....

—¡Pero esa es una locura!

—Es la única que hoy me ofrece una profesión honrada.

Paddy lloró de alegría al encontrar á su amigo Patrick y al ver á Genoveva.

—Un hombre ruin ha tenido la desvergüenza,

el descaro de acusarme. ¡Yo creí que ellos no tardarían en soltarme!—dijo riendo, al través de sus lágrimas.

Después se excusó con Placial, por haber faltado á la cita.

—Por lo pronto (repuso Paddy), lo importante es que la hayáis encontrado. Ahora, he aquí un matrimonio bien dichoso, ¿no es verdad? La *Francesa* y Patrick.

—¡Queréis callaros, Paddy!—dijo el doctor Morton, viendo agitarse al domador.

Mientras que el señor Jedediah, multiplicando sus citas, decía, hablando de Genoveva: «No hay que regocijarse, según la palabra de Lucas, porque la que estaba perdida se ha encontrado». Estradère se preguntaba si Genoveva no estaría siempre condenada á expíar las falsas de Cecilia y la muerte de Francisco, y miraba aterrorizado los violáceos arreboles que indicaban la enfermedad.

Se había franqueado al doctor Morton, como en otro tiempo lo había hecho con Montpezat, y, prosiguiendo el estudio de estos dos caracteres, el de la madre y el de la hija, el médico le decía:

—La naturaleza humana tiene sus fatalidades. Temperamento de cortesana, la madre acaba en cortesana. Alma de virgen, esta niña ha venido al mundo, en pleno lodazal, sin un mal pensamiento. La hija puede, en verdad, llegar á redimir á la madre. Quizá se dude, sobre todo en vuestra Francia, de la cortesana redimida, levantada, regenerada por el amor maternal; aquí es la más bella y consoladora de todas las paradojas, pero al fin es una paradoja. Pero, ¿qué importa, después de todo? (añadía, señalando á la enferma dormida, y hablando en

voz baja para no despertarla.) Esta Genoveva, nacida de esa Cecilia, es el ángel con toda su pureza y toda su luz. No tiene en sus venas un átomo, un glóbulo de la sangre de su madre.

Estas palabras del médico hacían estremecer á Placial.

—Hay en el orden moral, como en el orden físico (dijo todavía el doctor Morton), fenómenos que desconciertan las teorías científicas y fisiológicas. He conocido un hombre, entusiasta por la jardinería, que había gastado infructuosamente su tiempo, su trabajo y su dinero por conseguir tener en su estufa una variedad de no sé qué lirio exótico. Un día, atravesando un patio estrecho, retrocedió alucinado. Delante de sus ojos tenía la maravilla que tantas veces había buscado. Rozagante de vigor y de salud, la planta extendía sus pétalos, de un blanco de nieve, en un ángulo casi privado de sol, por encima de un infecto montón de estiércol, sobre el cual el viento había arrojado una de sus semillas. Y bien: ¡aquí hay algo más que la casualidad! ¡Hay que reconocerlo, por materialista que uno sea! ¡Es la mano de la Providencia, que decreta que así suceda! Ella hace brotar una rama verde y sana de un tronco podrido hasta la gangrena. ¡Dios ha permitido que retoñase un ángel en las entrañas impuras de la cortesana!

Mientras que Genoveva, de hora en hora, en medio de tantos cuidados, se reanimaba visiblemente, descendiendo la fiebre que la consumía y cediendo la anemia al tratamiento seguido, un hombre, en Londres, un ser regido por el deseo, acostumbrado á no retroceder ante nada, confiando en su fuerza, resuelto al crimen, ardiente, violen-

to, impulsado por la infame sed de venganza ó de voluptuosidad, que él tomaba por amor, Tom-Black había jurado recobrar á Genoveva.

Le dijeron que no había muerto : quería, pues, poseerla viva.

La sangre se agolpaba á su cerebro, á sus ojos, cegándole en algunos momentos. Sus labios candentes le producían escozor al tocarlos. Tenía fiebre, una fiebre siniestra.

Mistress Black se decía :

—¡Dios mío! ¡quiere matarme á mí ó á cualquiera, y de fijo va á matar á alguien!

Los que habían informado á Tom-Black sobre el paradero de Genoveva, no lo habían hecho más que á medias.

Le habían dicho que la *Francesa* había sido conducida á casa de Estradère, y más de una vez se había dicho el *campeón*, rondando delante del barracón en que estaba instalada la colección: «¡Ahí está!»

Un día vió salir á Placial sonriente, se ocultó, y vió que entraba en un coche, después de decir al cochero :

—Belgrave-Square, á casa de lord Harrisson.

—¡Calla! (se dijo Tom-Black.) El indio debe haberse quedado solo ahora, y el domador no vendrá tan pronto.... ¡Si me atreviese á entrar!

Y pensaba :

—La veré, sabré con certeza dónde está, y solo, ó seguido de buenos compañeros, volveré una.... ó esta noche.

Y repetía entre dientes :

—¡Si me atreviese!

Maquinalmente empezó á subir los escalones de

madera que conducían hasta la colección, y, levantando la cortina rayada que cubría la puerta que daba entrada al público por las noches, entró.

El silencio que reinaba en aquel lugar le extrañó. Las jaulas estaban allí delante de él, y todo dormía.

La luz entraba por el techo, á través de una tela de un verde claro, y las jaulas quedaban sumergidas en una semiobscuridad, que convidaba al sueño á las fieras.

Tom-Black, mirándolas, no vió á Katchar, que, tendido en un rincón, acababa de despertar al ruido de sus pasos, y se enderezaba lentamente.

—¿Dónde estará Genoveva?—se preguntaba el escocés, tratando de orientarse.

Un grito de Katchar le detuvo, haciéndole volver la cabeza.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—dijo el indio.

Katchar se había puesto en pie de un brinco, y clavaba sus ojos en Tom-Black.

Su brazo derecho, rodeado de vendas, estaba suspendido de su cuello por un pañuelo. Cogió, sin decir ni una sola palabra más, el puñal que tenía en su cintura, y se adelantó hacia el escocés, mirándole con ojos amenazadores.

Hacía mucho tiempo que Tom-Black aborrecía á Katchar.

—¡Crefa que habías muerto!—le dijo irónicamente.

—¡Y yo te creía en presidio! (respondió el indio.) ¿Qué vienes á hacer aquí?—añadió luego.

¿Adónde está tu amo?—dijo Tom-Black sin responder á sus preguntas.

—¿Qué te importa?

—¿Dónde está la *Francesa*?

—Lejos de ti,—respondió Katchar.

—¡Mientes! Está aquí.

—No. ¡Ah! ¿Es á ella á quien venías á buscar, bandido? Pues bien: en vez de ella, lo que vas á hallar es la punta de mi puñal.

—Yo también tengo el mío,—respondió Tom-Black, riendo y enseñando su puño cerrado.

—¡La justicia inglesa ha querido ahorrarse un trozo de cuerda; pero el indio no quiere conservar la punta de su puñal, y no te perdonará.

—¿De veras?—respondió el *boxeador*.

El ruido de aquella discusión había ido despertando las bestias feroces.

Cansadas y medio dormidas aún, miraban sin fijeza.

Sólamente el tigre *Tiberio*, al oír la amenazadora voz de Katchar, se había levantado de un salto.

Se podría decir que el acento del indio había despertado al tigre, como si fuese una señal convenida.

Katchar se arrojó intrépido, valiente, sobre el *boxeador*, teniendo el puñal levantado y dispuesto para tender á sus pies al escocés; pero acostumbrado á parar los golpes, Tom-Black cogió por el brazo al indio, tratando de sujetarle las manos. Entonces una lucha horrible y siniestra se trabó entre aquellos dos hombres.

Tiberio, queriendo salirse de su jaula, introducía entre sus hierros el hocico, rugiendo furioso y dejando escapar de su horrible boca un aliento abrasador, que se desvanecía como el humo. Daba vueltas dentro de su jaula, siguiendo con oblicua mirada á los que luchaban, y lanzaba de cuando en cuando atronadores rugidos.

Estaba verdaderamente hermoso y terrible aquel

fiero animal, saltando con los bigotes erizados, y enseñando sus aceradas garras.

Á sus rugidos, como si hubiesen sido un aviso, todos aquellos feroces animales se habían despertado, dispuestos á desafiar todos los peligros. Un estremecimiento terrible hizo temblar la roja melena de *Nerón*. Sus amarillentos ojos lanzaron miradas furiosas. *Bruto*, el jaguar, golpeaba contra las barras de su jaula. Los lobos y las hienas parecían tener sed de sangre y olfatear la carne, y feroces, dentro de sus jaulas, trataban de romperlas. Todos aquellos animales enseñaban sus largos y terribles dientes, aguzados y cortantes como las hachas de la edad de piedra.

Los dos hombres eran la presa que enfurecía á los terribles animales.

Katchar desfallecía. La potente y ruda mano de Tom-Black apretaba su brazo herido por el dolo, hasta hacerle gritar.

Un color lívido se extendía por las bronceadas facciones del indio; pero Katchar no gritaba, no pedía socorro, y su mano armada, aquella mano que el *boxeador* oprimía tan rudamente entre sus huesudos dedos, seguía siempre buscando la garganta de Tom-Black.

Una presión aún más fuerte del inglés hizo, por fin, que se escapara el puñal de las manos de Katchar. La hoja se hincó en tierra al caer, mientras que la oprimida muñeca del indio caía inerte y dislocada.

La fisonomía de Tom-Black se iluminó entonces con una feroz sonrisa, y una injuria odiosa y cobarde salió de sus labios, arrancando un grito de cólera al indio.

—Ahora (dijo el *boxeador*), voy á aplastarte como una pulga. Después esperaré á tu amo, y le mataré con ese mismo puñal que has dejado caer.

Y mientras Katchar, pálido y desarmado, trataba de defenderse, el formidable puño del *boxeador* vino á dar como un martillo sobre el yunque en el pecho del indio.

Se oyó un ruido lúgubre. El indio giró sobre sí mismo, y cayó hacia adelante, arrojando un caño de sangre por la boca.

Tom-Black refa.

Pero de repente, como si la vista y el olor acre de la sangre que bañaba á Katchar hubiese enloquecido en su jaula al tigre *Tiberio*, el animal se levantó, elevando su cuarto trasero, y apoyando contra las barras sus patas de acero, arrojó un grito horrible que hizo estremecer al escocés hasta la médula de los huesos.

Sea porque el empujón del tigre sobre las barras fuese irresistible, ó bien porque Katchar, acostumbrado á entrar en la jaula á cada momento, dejase sin correr los cerrojos de la puerta, lo cierto es que la puerta cedió, y que de un solo salto se colocó *Tiberio* entre los dos hombres con la boca abierta, y mirando á Tom-Black, que estaba blanco como un sudario.

Katchar trató inútilmente de levantarse, y una escena horrible se presentó á sus ojos.

Tom-Black se batía en retirada hacia la puerta haciendo cara al tigre, y la fiera lo iba siguiendo sin dejar de mirarle.

El *boxeador* estaba lívido. Sus mejillas y su frente, siempre rojas, estaban ahora verdes. Sentía que la muerte venía hacia él; ¡y qué muerte!

De repente *Tiberio* dió un salto, apoyándose en un hombro del escocés. Éste cayó de rodillas.

Katchar le vió caer al suelo con los ojos llenos de espanto, y durante el transcurso de un relámpago, miró su fisonomía desencajada por el terror más horrible.... Después vió bajo las garras del tigre algo redondo y rojo. Era el rostro del hombre, del que la fiera había arrancado la piel. Aquella bola sangrienta gritaba. De aquella cabeza sin nariz, sin labios y sin ojos, salían rugidos de condenado. Aquella figura sangrienta se enderezó bruscamente. Tom-Black, horrible, espantoso, desfigurado, trataba de huir; pero las feroces garras de *Tiberio* le alcanzaron otra vez, haciéndole caer de nuevo, mientras que los leones, los jaguares, los osos y toda aquella colección de fieras, lanzaba rugidos terribles de envidia y de sed ante aquella sangre, aquella carnicería, aquella espléndida merienda del tigre, de que todos hubiesen deseado participar.

—¡*Tiberio!* ¡*Tiberio!* (decía Katchar.) ¡Basta, *Tiberio!*

Pero *Tiberio* no oía, y jugaba con el cuerpo del hombre, como lo hubiera hecho un gato con un ratón.

Después miró el tigre un momento aquella masa informe y roja, y lentamente fué á echarse, tierno y cariñoso, á los pies de Katchar, contemplándole con dulces ojos.

La gente, por fuera, oía aquellos terribles rugidos, pero nadie se atrevía á entrar.

—No es nada (dijo un transeunte). Es la hora de comer, y sin duda están dando su ración á las fieras.